

## El lugar donde nacen los sueños. Claudia Caño Rivera

---

- Hace frío- se quejó la menuda mujer mientras se subía la bufanda.
- Vamos, María... Ya falta poco para llegar- la consolé. Habíamos salido al anochecer, como de costumbre, para entregar un paquete. Íbamos ataviadas de manera que fuese difícil reconocernos, tapando lo máximo posible nuestras caras, pero, aun así, el aire frío de la noche calaba nuestros huesos.
- Sara... Tengo que confesarte una cosa- empezó a decir María con la voz algo cortada- He estado pensando en dejarlo.
- No lo harás- sentenció tajantemente- Sé que no podrás hacerlo.
- ¿Cómo estás tan segura?
- Porque crees en lo que haces. Y no hay nada más fuerte que la fe en un ideal. Aun habiéndonoslo quitado todo, siempre nos quedará la fe- le expliqué con la mirada perdida en el horizonte.

Después de caminar media hora más, llegamos al lugar indicado. Llamamos al timbre, un par de veces, sin recibir contestación alguna y por fin, cuando íbamos a pulsar una tercera, salió una joven de la casa.

- ¿Quiénes sois y qué queréis a estas horas de la noche? – nos dijo a modo de reproche.
- ¿Es usted Alejandra Nieto Pinares?- le preguntó María sin contestar a su pregunta.
- Sí, soy yo, ¿por qué?
- Este paquete es para usted- le contesté entregándole un maletín negro que llevaba conmigo.

La mujer nos miró extrañada y abrió el maletín. Observamos como salía una resplandeciente luz blanca que iluminaba el rostro de Alejandra, la cual había esbozado, sin proponérselo, una sonrisa.

- Gracias- nos contestó simplemente, aunque con eso nos bastaba.

Tras entregar el paquete, emprendimos el camino de regreso a casa. Al menos ya no corríamos ningún riesgo. En un país en el que los sueños están prohibidos, traficar con ellos es algo realmente peligroso.

- Sara, ¿crees que alguna vez llegará un paquete para nosotras?
- No lo sé, María, ni siquiera sé quién es el que nos entrega los maletines- le contesté diciéndole lo mismo de siempre, lo único que sabía. Una mañana hace un par de años, apareció un maletín delante de mi puerta con una carta junto a él. En ella, solicitaba mi ayuda para entregar el contenido a una persona concreta. También explicaba que lo que había dentro solo podía verlo la persona indicada, ya que eran sus sueños y éstos no eran visibles para nadie más.

A la mañana siguiente me levanté temprano para ir al trabajo. Miré la puerta antes de irme, por si habían dejado ya la maleta, sin embargo, allí no había nada. No siempre la encontrábamos a la misma hora. Me pasé toda la mañana pensando en quién sería la persona elegida esta noche.

Cuando salí de la oficina después de ocho tediosas horas, estaba impaciente por llegar a la puerta de mi casa. Tal fue mi sorpresa cuando, al llegar, vi dos maletines en lugar de uno.

“Qué extraño...” pensé sin atreverme a cogerlos. Sin embargo, no podía quedarme allí mirándolos para siempre, así que los agarré y los introduje dentro. Si mi sorpresa había sido grande, lo fue aún más cuando, al leer los nombres de las personas elegidas, el mío aparecía el primero. Finalmente, había llegado mi hora. No sabría decir la cantidad de emociones que pasaron por mi mente en aquel momento: alegría, temor, sorpresa...

Pero una destacaba por encima de todas: curiosidad. No podía imaginar cual sería mi sueño. Por fin, me aventuré a abrir mi maletín. Puse las manos sobre él, decidida a descubrir qué escondería en su interior. Abrí los cierres y fui alzando la tapa poco a poco, esperando a que apareciese la resplandeciente luz blanca de un momento a otro. Sin embargo, allí no había nada. Examiné el interior detenidamente, por si acaso hubiese un falso fondo o un botón que activase un mecanismo, pero no encontré ni el más mínimo rastro de ninguna de las dos cosas. Sin saber todavía lo que era soñar, sentí que mis ilusiones se habían hecho añicos. Me sentí engañada, decepcionada. Pensé incluso en no entregar el paquete de esta noche. Pero sabía que no podía hacerlo, porque no llevarlo significaría traicionarme a mí misma.

Cuando dieron las doce, salí a encontrarme con María para llevar el otro maletín. Decidí no contarle nada de lo sucedido, al menos así una de las dos todavía tendría la esperanza de tener sueños algún día. Caminamos en silencio por una acera iluminada tan solo con

la luz de una lejana farola. Aquella noche la luna estaba llena, por lo cual se podía ver con claridad sin necesidad de luz artificial. Empecé a sentir que alguien nos observaba. Miré hacia atrás y había un hombre siguiéndonos de cerca. “Anda más rápido, pero no tanto como para parecer sospechosas” le susurré a María al oído. Apretamos el paso y el extraño hombre nos imitó. Llevadas por los nervios, empezamos a correr y justo cuando doblamos la esquina nos sorprendió una patrulla de policía. Nos estaban esperando. El juego se había acabado.

Nos metieron en un coche policial y nos escoltaron hasta un edificio, el cual pensé que debía tratarse de la comisaría.

- Sara Herrera Rial y María Salado Pacheco, ¿saben por qué están aquí?- preguntó uno de los policías que estaban en la sala, al parecer, el más importante, ya que estaba continuamente dándole órdenes a los demás.
- ¿Por creer en la libertad?- pregunté desafiante. La bofetada que me propinó el oficial hizo que me supiese la boca a sangre.
- Te lo preguntaré de nuevo, ¿por qué estáis aquí retenidas?
- Por traficar con sueños- contestó María, quien, tras ver mi labio sangrante, se decidió a hablar.
- ¿Y sabéis cuál es la pena para los que trafican con sueños?- preguntó de nuevo el policía.
- La silla eléctrica... -Susurré, como si el decirlo más bajo hiciese que no fuese a cumplirse.
- Estás en lo cierto- me confirmó el oficial- Sin embargo, soy una persona bondadosa y he pensado en una manera por la cual tan solo tendríais que cumplir diez años de condena.
- ¿Cuál?- preguntó María esperanzada
- Que me llevéis al lugar de donde nacen los sueños- contestó el policía, como si nos estuviese proponiendo algo fácil de cumplir.
- Pe-pero nosotras no sabemos ir a ese lugar... - Balbuceó María
- Entonces no tendré más remedio que tramitar inmediatamente vuestro transporte a la cárcel, donde en una semana pasaréis a la silla- concluyó el oficial.

- Yo le llevaré- anuncié finalmente. No sabía cómo iba a hacerlo ni a dónde me proponía llevarlo, pero al menos eso me haría ganar tiempo ante una muerte inminente.

Salimos al amanecer y nos subimos en un furgón policial. Les dije que pusiesen rumbo al norte y que cuando fuese el momento de cambiar de dirección, les avisaría, ya que el lugar no aparecía en los mapas. Me sentía apenada. No solo por mí, sino también por María. Ella era tres años menor que yo y aunque también la escogieron del mismo modo que a mí, yo era la que siempre recibía los maletines y, por tanto, la culpable de que tuviese que salir noche tras noche de su casa.

- María, no estoy segura de poder encontrar el lugar donde nacen los sueños- le confesé al anochecer.
- Yo creo en ti, Sara. Sé que lo descubrirás, todos sabemos dónde se halla realmente ese lugar, tan solo debes mirar en tu corazón- me explicó mi compañera.

Intenté seguir sus consejos y dejé que mi mente quedase en blanco, olvidando las sensaciones externas y sin pensar en nada, pero en todo a la vez. A lo mejor en lo más alto de las montañas había una cabaña donde se llevaba a cabo tan extraña operación. O en una playa tropical, cerca de una selva. Incluso en los helados polos. Pero había un lugar que destacaba en mi mente por encima de todos. Un lugar al que nunca había ido, pero que estaba presente en mí como si lo conociese desde siempre. Ordené que fuesen hacia el noreste, hacia los acantilados. Sería un viaje largo, de unos tres días, contando paradas y descansos, pero estaba convencida de que allí estaría la respuesta.

El tiempo pasaba mientras yo miraba por la ventanilla del furgón. Veía pasar a la gente, sin embargo, ninguno tenía ese brillo en los ojos que le aparecía a aquellos que sabían cuál era su sueño. Todos andaban de un lugar a otro, pero nada de lo que hacían tenía sentido. Los colores eran apagados y nada, ni siquiera una sonrisa, estaba cargada verdaderamente de alegría.

Al atardecer del tercer y último día, llegamos a nuestro destino. Bajamos del furgón e inconscientemente, me adelanté unos pasos del grupo para mirar el paisaje, y entonces lo comprendí todo. Los colores se habían vuelto vivos y brillantes, como si viese el mundo con nuevos ojos. Mi sueño, aquel que supuestamente debía de venir dentro del maletín negro, siempre había sido venir a este lugar. Siempre había mirado al cielo y había sentido que era el atrezzo de un escenario del que hombres y mujeres éramos

meros actores, sin embargo, ahora había conseguido por fin formar parte del mundo que me rodeaba y del que siempre había estado distante.

- ¿Y bien, me dirás ahora dónde nacen los sueños?- preguntó el policía impaciente.
- Me temo que eso será imposible- le contesté de inmediato.
- ¿Pero cómo...?- empezó a preguntar mientras se ponía rojo de furia.
- Al principio de este viaje no sabía realmente a qué lugar debíamos dirigirnos, sin embargo, algo me dijo que viniese hasta aquí- les empecé a explicar mientras retrocedía unos pasos y me situaba en el borde del acantilado- Ahora he comprendido que, realmente, este era mi sueño. No os puedo decir dónde nacen los sueños ya que no hay un lugar exacto. Los sueños nacen en el corazón de las personas, en un recóndito lugar de su alma, el cual, aun prohibiéndonos soñar, siempre actuará por su cuenta, teniendo sus propias esperanzas. Y aunque no podamos acceder a ellos, siempre estarán ahí, esperando que algún día el miedo deje de cegarnos y seamos capaces de cumplirlos. Lo que le entregábamos a la gente en aquel maletín negro no eran sus sueños, ellos ya los tenían. Les dábamos el valor para sacarlos a la luz y vivir con ellos, vivir para ellos. Porque podréis acabar con nosotras, pero nunca podréis acabar con las ganas de soñar.

Di un paso más hacia atrás, y me dejé caer en las fauces del acantilado. Caí hacia el agua mientras escuchaba los gritos a mi espalda, pero ya nada de eso importaba. El viento se apropió de mí, convirtiéndome en el aire que sopla y sacude las hojas de los árboles, convirtiéndome en el agua salada que baña la arena, convirtiéndome en una misma cosa para que todos aquellos que me conocieron me recordasen por igual: convirtiéndome en un sueño.